

Escuela Dominical

*Aprendiendo A Ser Como Cristo*

LECCIÓN 35

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

## **25. JESÚS, UN PROFETA SIN HONRA EN SU PROPIA TIERRA – MT. 13:57; MR. 6:14; LC. 4:24; JN. 4:44.**

**A. Aprendemos de Cristo que “No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa” – Mt. 13:57.**

- 1) El Señor Jesús expresó estas palabras en la sinagoga de sus paisanos de Nazareth, donde se crio. Su enseñanza, sin duda, fue la misma que siempre fue, pero no tuvo ningún efecto sobre el pueblo de Nazaret. Estaban maravillados de Su sabiduría y Sus milagros (Mt. 13:54), pero sus corazones estaban impasibles. Dijeron: “*¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene éste todas estas cosas?*” (13:55-56).
- 2) Ellos lo despreciaban, porque estaban tan familiarizados con Él. Se sintieron ofendidos por Él y provocaron que nuestro Señor hiciera la solemne observación: “*No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa*” (13:57).
- 3) Esta parece ser una expresión proverbial, pero Jesús lo presenta como una verdad general. Puede haber algunas excepciones, pero Él no fue una excepción. En todas partes se había sentido más honrado que en casa. Allí conocían a Su familia. Habían visto Su vida humilde. Habían sido Sus compañeros. Y ahora tenían envidia de Su sabiduría y eran demasiado orgullosos para permitir que Él les enseñara.
- 4) Se escandalizaban de Él, es decir, se ofendieron por Él. Lo consideraban un hombre mezquino e innoble, indigno de ser considerado (Juan 4:44). Esta ofensa fue tomada por la pequeñez o miseria, a sus propios ojos, de Su paternidad, Su oficio, Su nacimiento, Su familia, y como consecuencia, Su educación; haciendo de esta miseria, a sus propios ojos, la razón por la que no lo recibirían como profeta, aunque estaban asombrados de Su sabiduría y de Sus milagros. ¡Cuán irrazonables son la malicia y el prejuicio! Más bien debieron, reconociendo Su humilde origen y siendo testigos ahora de Su sabiduría y milagros, haberlo considerado como una persona divina y con una misión celestial, y que había sido levantado por Dios para propósitos extraordinarios. Pero no, sino que su orgullo y su envidia fueron las causas de su destrucción. Jesús dijo en Lucas 7:23, “*...y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.*”
- 5) Vemos, en esta historia, una página melancólica de la naturaleza humana desplegada a nuestra vista. Todos somos propensos a despreciar las misericordias, si estamos acostumbrados a ellas y las desvalorizamos. Las Biblias y los libros religiosos, que son tan abundantes, cuyos medios de gracia tenemos en tanta abundancia, la predicación del Evangelio que escuchamos cada semana - todo, todo esto corre el riesgo de estar desvalorizado. Es tristemente cierto que en la religión, más que en todo lo demás, “la familiaridad genera desprecio”. Los hombres olvidan que la verdad es verdad, por vieja y trillada que parezca, y la desprecian porque es antigua. ¡Pobre de ellos!, al hacerlo, provocan que llegue el día que Dios se las quite.
- 6) ¿Nos sorprende que los parientes, siervos y vecinos de la gente piadosa, no siempre se convierten? ¿Nos sorprende que los feligreses de eminentes ministros del Evangelio son a

menudo los más duros e impenitentes oyentes? No nos preguntemos más. Recordemos la experiencia de nuestro Señor en Nazaret y aprendamos sabiduría.

- 7) ¿Nos imaginamos alguna vez que, si tan sólo hubiéramos visto y oído a Jesucristo, hubiésemos sido sus fieles discípulos? ¿Pensamos que si hubiéramos vivido cerca de Él y sido testigos oculares de Sus caminos, no estaríamos indecisos, vacilantes y poco entusiastas en cuanto a la vida cristiana? Si así pensamos, no lo pensemos más así, más bien observemos al pueblo de Nazaret y aprendamos sabiduría.
- 8) El capítulo termina con las terribles palabras: *“Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos”* (Mt. 13:58). ¡He aquí en esta sola palabra el secreto de la ruina eterna de multitudes de almas! Perecerán para siempre, porque no creerán. No hay nada más en la tierra o en el cielo que impida su salvación. Sus pecados, por muchos que fueran, podrían ser todos perdonados. El amor del Padre está dispuesto a recibirlos. La sangre de Cristo está lista para limpiarlos. El poder del Espíritu está dispuesto a renovarlos. Pero se interpone una gran barrera: NO CREER. *“Y no queréis venir a mí,”* dice Jesús, *“para que tengáis vida”* (Juan 5:40). ¡Que todos estemos en guardia contra este maldito pecado! Es la antigua raíz del pecado que causó la caída del hombre. Habiendo sido cortada en el verdadero hijo de Dios por el poder del Espíritu, está siempre lista para florecer y volver a brotar. Hay tres grandes enemigos contra los cuales los hijos de Dios debemos orar diariamente: orgullo, mundanalidad e incredulidad. De estos tres, ninguno es mayor que la incredulidad.

**Memorizar Mateo 13:57 –**

***“Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo:  
No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa.”***